

NUESTROS HIJOS

La obra de las colonias

(De *La Libertad*, Madrid).

UN hecho social puede observarse en estos meses veraniegos que revela un cierto progreso en nuestra vida española. No olvidemos que si el amor espontáneo a la infancia da la medida de la bondad de un pueblo, el reflexivo esfuerzo por la educación de sus hijos da la medida de su civilización.

El hombre no es, simplemente, un animal racional, puesto que otros animales poseen también una inteligencia más o menos rudimentaria, sino un animal, el único animal capaz de trazarse interiormente un bosquejo, plan o diseño mental de lo que debe ser su obra futura, la realidad del porvenir. El hombre es el animal proyectista, o, más bellamente, el animal idealista. El momento más noble de la vida humana es aquel en que un individuo, o toda una generación, comprendiendo que no alcanzaron el ideal perseguido—como Moisés a la vista de la tierra prometida, en la que no debía entrar—, se vuelven hacia los hijos, hacia la generación siguiente, instruyéndola y preparándola para que realice lo que sus padres sólo supieron entrever o presentir...

Unas veces es, en la estación, un vagón de tercera, de cuyas ventanillas salen alegres racimos de cabezas infantiles y de manitas que dicen adiós a sus familias, masa de gente modesta que llena el andén. Otras veces, en un pueblo serrano, el grupo de niños que, a puesta de sol, retorna cantando del monte. Otras, al mediodía, en una playa, una legión de pequeños bañistas que tiembla y ríe bajo el golpe de las olas.

He ahí el hecho social a que aludíamos, cada vez más frecuente, más extendido por todo el país. Cualquiera a quien preguntéis, os responderá, como ante una cosa harto natural y conocida: «Es una colonia escolar...» Los periódicos anuncian a diario la salida o la llegada de una de ellas; los ayuntamientos las organizan cada vez en mayor número; poco a poco van entrando en nuestras costumbres y consiguiendo la simpatía pública. Buena señal. Porque las colonias escolares, o colonias infantiles, tienen en el fondo más transcendencia de la que a primera vista parece, y su difusión y éxito revelan una nueva manera de concebir la educación.

Ante todo, un recuerdo...

Fué D. Francisco Giner de los Ríos quien introdujo en España las colonias escolares. Las inició, como todas sus cosas, calladamente, confiando en la sola virtud del ejemplo, con la modestia de un ensayo, con la intimidad que pide la labor educadora; sin medios materiales, sin discursos ni gacetillas. «Mejor es influir en la Historia que quedar en la Historia», decía frecuentemente el maestro.

Parécenos ahora que le vemos como un día le vimos, en sus últimos años, bañándose entre los niños de la colonia escolar en la playa de San Vicente de la Barquera. Se había desnudado entre unas rocas, como un viejo filósofo, y su cuerpo, menudo y ágil, se confundía casi con los de los pequeños, mientras la hermosa cabeza, morena y gris, descollaba, recibiendo la larga caricia del aire, del agua y del sol, con la beatitud de una infancia que pudiese tener conciencia de sí misma...

En el humilde comedor de esa colonia de San Vicente hay una fotografía de don Francisco, con los versos de

Antonio Machado: «Cómo se fué el maestro...», y algunas flores silvestres.

Las colonias infantiles son un excelente ejemplo de lo que la educación puede y debe hacer fuera de la escuela. La escuela, la clase, constituye sólo una parte, y no la mayor, de lo que nos toca hacer por nuestros hijos. Es la vida la que enseña. Por eso se esfuerzan los pedagogos en llevar la vida a la escuela, introduciendo en las aulas la espontaneidad, la acción, el juego, las realidades sensibles, la emoción moral y el goce de la belleza. Pero la vida, al escolarizarse, se diseca, se cuadrícula, pierde su frescura y su fecundidad espiritual, convirtiéndose en un esquema de ejercicios didácticos.

Y hoy se piensa, a la inversa, en llevar la escuela a la vida. Aprender en la clase aquellas cosas que en la clase han de aprenderse, y crear, fuera de la escuela, una atmósfera educadora, un sentido educador, en las otras manifestaciones de la existencia infantil, libres, múltiples, complejas. Deben educar el taller, el aprendizaje, la Asociación infantil, el Sindicato, el hogar, la calle, el deporte, el libro, el periódico, el teatro, el cinematógrafo, la radiotelefonía, los actos públicos, las fiestas, los monumentos... ¡Cuánto cabría hacer en cada uno de estos aspectos para que la vida entera de la ciudad fuese, como en la antigua Atenas, escuela de cultura y de elevación espiritual! Porque la vida es la que educa.

Una de estas formas de educación por la vida misma—educación física y moral, mediante unas semanas de veraneo—son las colonias infantiles. Para ello es preciso que la jornada entera de la colonia resulte un ejemplo de vida sana, pura, libre, ordenada, fraternal. Es preciso, por otra parte, que la colonia escolar tenga lo menos posible de «escolar», en el viejo sentido de la palabra. Nada de clases o lecciones. En cambio, mucha Naturaleza, oxígeno, puestas de sol, canciones populares, alegría, armonía...

La base es la higiene. Niños débiles, delicados, desnutridos, van a fortalecer su organismo. Lo primero es que afirmen su salud para el presente y para el porvenir. Ya esto no será poco, ciertamente. Pero hay que buscar algo más. Debe quedar en la mente de esos muchachos, acaso hasta la vejez, el recuerdo de unos días felices, en los que esa felicidad brotaba sin refinamientos, sin artificios, sólo con el goce de la luz del cielo y de la luz de las almas.

Tres cosas hay que tener presentes si se quiere que las colonias se difundan en España, manteniendo su buen espíritu y su virtualidad educadora. Primera: Escrupulosa administración. Las colonias deben resultar baratas, como ejemplo de que con poco dinero se puede organizar una vida sana, abundante, sencilla y dichosa. Segunda: Convivencia completa entre profesores y alumnos. La misma comida, los mismos dormitorios. Convivencia constante, única solución del dilema entre abandono desmoralizador y vigilancia suspicaz y odiosa. Mal va una colonia cuando los profesores se sientan en el café y los niños juegan, por su cuenta, en la plaza de la villa. Tercera: Concebir las colonias como obra de educación y no como obra de caridad. En las colonias que conservan la tradición de D. Francisco Giner han solido mezclarse y confundirse con los niños necesitados, que van gratuitamente, otros muchachos acomodados, colonos de pago, sin que en nada aparezca esa diferencia... Con estas tres condiciones, las colonias escolares influirán cada día más en el bienestar y en el progreso moral de nuestro país.

LUIS DE ZULUETA